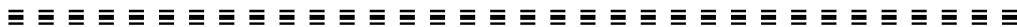


Libertad Linyera



Es cierto que no tengo derecho a convertir mi dolor, en amargura y angustia para aquellos que me rodean en esta noche oscura, de vientos y silencios tan lejanos. Quiero vivir mi muerte, quiero estar en paz... pero el dolor me persigue, me abraza, me atenaza y no me da siquiera, una pasajera bocanada de respiro. Dependo de la compasión que los demás tengan de mí, como siempre. Pero ya ni inspiro

siquiera compasión, solo doy asco, miedo y me parece intuir que todos, huyen de mí como de la peor peste apocalíptica.

Me siento rodeado a la distancia, de gente como yo, pero solo. Muy solo. Mi mente se confunde, a pesar de mis esfuerzos por desentrañar el misterio del amor que me espera, en este final de finales sin final. Solo siento que el misterio del amor, procura acercarme hasta la vivencia profunda de mi soledad. Incluso me identifica en la manera en que yo, estoy viviendo mi dolor. Y hasta me hace encontrar felicidad en esa misma congoja, de la que pretendo huir. Mis deseos son el aquí y el ahora, en esta sed de una luz que intuyo, aunque no veo. Mi serena victoria se resume en mis fracasos y en mis peores frustraciones, a las que ignoro.

¿Pero cómo podré obtener la paz total y una real felicidad en el momento de mi muerte, que se acerca poco a poco...? Estoy lleno de culpas, de angustias y de miedos. Fui humano y me elevé y caí, como cualquier humano. Algunos pocos recuerdos que se empeñan en pasar por mi cabeza, son ahora cálidos y hermosos. Pero ahora, con el frío y el viento que electrifican mi piel, siento como que voy a dormirme para siempre en la nada del dolor absurdo. Siento la ausencia de cálidas cobijas y sin embargo, no puedo apartar de mi cabeza pensar en cómo era el acudir a ellas, en aquellos inviernos que ya pasaron para siempre... Cuando aún consciente, estoy tan cerca de morir, tan solo pido el calor de una cobija y me avergüenzo de pedirla. Nadie me responde... Un "sin familia" es nada, es lo último, es el silencio, es el nada de la nada entre silencios, sin quejas ni reproches.

Yo quise ser así. Quiero esto, para mí. Desde siempre sabemos que vamos a morir. En la vida, esa es la más exacta de nuestras pálidas certezas... Y la vida a cada paso fue dibujando minuciosamente, la forma en que será recordada mi existencia. Cuándo yo haya muerto, el morir ¿será morir lo suficiente? ¿Cómo será el cielo? ¿Y si acaso no hay más nada, después de la misteriosa muerte? Pero sea como sea, para mí ya todo está diluido entre ahogos, oraciones y unas sombras blancas y negras que pasan cerca de mí, hablando de sus cosas.

Solo me quiero morir. Mis acuarelas se perdieron, diluidas en el gris del pavimento y nunca más las encontré. Por eso es que hoy yo me pregunto ¿Acaso la vida siempre fue de color rosa y al único que le faltaron los colores, era a mí? Es cierto que fui libre, como el viento... Fui linyera. Soy linyera. A todo pulmón, linyera... El hedor de mis ropas fue solo para afuera. Fui linyera a lo loco, me revolqué en el "*dolce fare niente*" y en la libertad sin limites. La vida con sus notas y sus versos desperejos no pudo, frenar mi libertad. En el fondo, fui el linyera que toda persona sueña ser. El

que todos odian, pero también el más querido, por ser el único capaz de desafiar la temida libertad.

Solo me acompañan mi bolsa, hecha de estrellas y tristezas, y mi perro, hecho de cariño, hambre, sed y una fidelidad a toda prueba. En mi perro late un corazón libre, como el mío. Y hoy no se mueve de mi lado. Me transformé en él, en un perro atorrante y sin principios, vagando por las plazas y las calles de mil pueblos y ciudades. Y él, se transformó en mí, comiendo sin hora fija y soñando como yo. Nunca conoció cadenas, nunca conoció ataduras y aunque ahora es puro hueso, soñando en algo de comer, no se mueve de mi lado. Es que siempre tuvo más hambre de libertad que de comida..., como yo.

Son las siete de la tarde en el reloj del campanario y solo siento frío en los huesos y coraje en mi alma. No tengo fuerzas para encender un fuego aunque cruja de frío mi osamenta. Me parece por momentos ver que se acerca una terrible bruja, que intenta besarme en los labios. Es la muerte, solo es la muerte. No es nada más que un envoltorio gélido de huesos, ya sin luz. No me espanta, pues espero mi destino sin temor y con los brazos bien abiertos. Noche de brujas y hechiceras, que desde su mundo mágico y fantástico, se dignan visitarme. Son las únicas, además de mi perro, no estoy solo...

Viajo hacia la paz. Viajo hacia la serenidad por entre los caminos del amor más dulce y de la desesperanza, por entre esos difíciles senderos del esfuerzo por seguir siendo libre, hasta en el último aliento. Hasta ahora pude soportar, todas las heridas que me infligió el destino, aunque lo único a lo que nunca jamás pude acostumbrarme, fue a que cualquiera, me tutease. Solo eso, sentirme tuteado, pudo doblegar mi orgullo. Solo eso, pudo hacerme sentir mal, avasallado. Con el usted, me distanciaban, con el tuteo, rebajaban. Prefería igual el distanciamiento del usted, pues nunca logré acostumbrarme al denigrante tuteo. Quizá... me faltó crecer en eso.

Ya el dolor no me duele, aunque se empeña en morderme con sus dientes afilados. Empiezo poco a poco, a sentir el amor del amor, el amor de la muerte, el amor del destino, el amor del tiempo sin más tiempo. Los recuerdos de mi infancia me invaden, sin permiso. Veo a mi madre que se acerca entre muchos caramelos de coco y leche, un plato de arroz con leche y dulce, el dulce de papaya y el flan con caramelo, que tanto me gustaba...

Un ruido de alarma, de sirena de ambulancia, aturde mis oídos y pisotea las desatendidas palomas de papel que aun revolotean, a pesar del frío y de la noche en esta plaza. Me despierta de mi sueño, me ataca a traición y me ciega. Mi perro ensaya unos ladridos con eco, que se agotan enseguida...

- *¿Por qué demoraron tanto? ¡Este hombre sé esta muriendo! ¡Hay que llevarlo de inmediato al hospital...!* - grita cerca de mí una voz chillona de mujer, que me interrumpe mientras yo estaba contando las estrellas, más cerca del cielo que la tierra... es ese tono de voz que siempre cansaba mi cerebro, del cual creía que me había librado para siempre.

- *Señor ¿Cómo se llama...?* - Una cara de distinguida apariencia, de firme expresión aunque no arrogante, me interroga detrás de su guardapolvo blanco – *Debo llevarlo al hospital...*

- *No. Esta calle es mi casa y aquí, quiero morir...Me llamo Eusebio López López.*

- *¿Eusebio López López?! ¿Usted es... Eusebio López López...!?* – se sorprende y abre sus ojos, mientras se queda en silencio un largo rato, tan profundo como esos silencios totales y absolutos que parecen habitar los cementerios.
- *Esta bien... Esta bien doctor, no se preocupe. Yo lo entiendo...* - me contesta con una extrañeza tranquila el médico de la ambulancia, al cual solo adivino en la oscuridad de la noche, oculto en una curiosidad reflexiva, no exenta de respeto. Me siento ir, rebosante de paz y de alegría, porque alguien se acercó hasta mí y me trató de usted y con respeto...
- *Pero... ¿Qué está esperando...? ¡Cárguelo en la ambulancia y lléveselo...! ¿Acaso no ve que se está muriendo?* – parlotea un ruido molesto que estropea todo, a veces hasta desesperante, con sus cambios de tono, como si estuviese sucio y que solo se detiene, cuando mi médico amigo, le dice con firmeza:
- *El doctor no quiere moverse de este lugar. Está en todo su derecho...*
- *¿Doctor?! ¿Qué doctor...?! ¿Este, un doctor...?! ¡Por favor!*
- *Sí. Es el doctor Eusebio López López...*- me defiende con su voz vibrante, apoyado por los ladridos de mi perro, mientras respeta mi derecho a ser libre hasta el último momento y agrega – *es una larga historia...*
- *Tendrá la historia que tendrá, pero usted no puede dejarlo así...Usted no tiene derecho a no llevarlo. Este hombre no está en su sano juicio. Es un loco, sino, no hubiese vivido así como vivió... ¡llévelo ya mismo! ¡Usted lo está abandonando...! ¡Es para denunciarlo!* - grita un hombre, mientras mi perro le gruñe, dispuesto a defenderme con colmillos de furia y miradas de odio. El médico se impone y todos se quedan en silencio, contemplándome con una mezcla de curiosidad y asco. Los comprendo, pues ignoran las razones de mí obrar.

Cinco linyeras, compañeros míos de aventura en otros tiempos, bien lejos de donde yo me encuentro en esta plaza, esperan en silencio el desenlace de mi vida. Observan callados, aunque creo percibir como sienten en sus entrañas hambrientas, el deleite de imaginarse comer algo de carne asada, mientras contemplan a mi perro flaco. Matarán a mi perro, si acaso me trasladan al hospital y no me quedo al lado de él. Lo llamarán con argucias y en menos de cinco minutos, estará desollado.

Pero si muero al lado de él, el código entre linyeras no permitirá que le hagan nada, pues se dice que mi alma seguirá viviendo en su espíritu atorrante... y no podrán tocarlo. Mi perro lame mi cara, ahora indiferente a todos y siento el cariño cálido de su vida animal, derramarse con un amor que nunca lo conocí en un ser humano.

Trataré de morir al lado de su animal fidelidad. Se lo merece más que nadie. Total, ya hubo una humana que me arrancó la vida hace mucho tiempo, con su infidelidad humana...

Fin
Fin